

## Un tendero complaciente (Francisco Pérez de Arenaza Torroja)

Tendría en torno a los cincuenta, o quizá algo más. Su mandil verde, con el nombre en él de una conocida tienda de alimentación del Mercado Barceló, a duras penas podía contener, a modo de gigantesco sujetador, la voluminosa barriga que exhibía aquel hombre resoplante. La pesada bolsa llena de comestibles que llevaba al hombro arrancaba gotitas de sudor a su calva y un jadeo rítmico a sus pulmones. Al llegar al tercero A, dejó trabajosamente la bolsa en el suelo, recuperó en lo posible el aliento con un par de inspiraciones profundas y llamó suavemente a la puerta con los nudillos. De inmediato le abrió una mujer bajita, de edad similar a la suya, que echaba fugaces miradas al rellano de la escalera, como si temiera la presencia en él de algún vecino.

—¡Buenas! —dijo el hombre—. Vengo de la tienda de...

—Pase, pase, por favor —le interrumpió presurosa la mujer, y cerró la puerta cuando entró el otro.

Su cuerpo exuberante lo era sobre todo en los pechos, donde una sutil bata de algo similar a la seda intentaba con poco éxito ocultar sus formas generosas. El hombre la siguió hasta la cocina portando trabajosamente la bolsa con la compra. Era una estancia pequeña y humilde, aunque limpia, que olía a cebolla y agua hirviendo.

—Disculpe que le reciba así, pero es que me ha pillado usted cuando me iba a dar una ducha y... —dijo la mujer mientras se subía el escote con aparente recato.

—No se preocupe, si... —dijo el hombre sin terminar la frase, mientras paseaba con disimulo sus ojillos por donde no debía.

—Debe usted estar cansado, con lo que pesa una bolsa de estas, ¡y además sin ascensor! ¡Venga!, siéntese un momento, que le pongo una cervecita —dijo animadamente la mujer, como si se le hubiera ocurrido una idea brillante.

—Bueno, no sé... —dudó por un momento el tendero.

La duda fue barrida de inmediato por la visión del trasero de la mujer, velado apenas por la sutil bata, cuando se agachó a coger la cerveza de la nevera.

—No se preocupe, que son solo tres minutos —dijo la mujer resueltamente.

El resoplido que emitió la lata al abrirse dio por zanjada la cuestión, y el tendero se sentó a la mesa.

—Hombre, ya sé que es un momento, pero no sé... ¡Imagínese usted qué pensaría su marido si apareciera ahora de golpe! Pues claro... y usted así... —dijo el hombre, simulando un remilgo que se contradecía con la intensidad de su mirada.

—No se preocupe, que está de viaje en Galicia. Y aquí en casa no hay nadie más —dijo la mujer con ojos pícaros.

A continuación, se levantó y fue a coger un bote de una estantería que estaba justamente encima del tendero. Musitando una disculpa, rozó con su cuerpo el brazo del hombre. Este no lo apartó, mientras notaba con excitación aquel cuerpo blando y apetecible contra él. La mujer cogió el bote, pero no se retiró.

—Es la canela—aclaró—. Estoy haciendo arroz con leche.

—Ya—dijo el hombre mientras la miraba abiertamente.

—Y usted... bueno... hay que tener mucha fuerza para subir una bolsa tan pesada. ¡Vaya brazo tan fuerte que tiene usted! —dijo con admiración mientras pellizcaba los bíceps del hombre, que se adivinaban difícilmente tras una gruesa capa de sebo. La observación no tenía nada que ver con lo de la canela, pero permitió a la mujer tocarle.

—Hombre, pues hay que procurar mantenerse en forma —respondió él con afectada modestia. Había apurado el último trago de cerveza y se levantó bruscamente, sin dar a la mujer tiempo de apartarse.

—Bueno, me tengo que ir —dijo.

—¡Qué prisas tiene usted!

Quedaron los dos de pie, con sus cuerpos palpitando a escasos centímetros uno del otro. Se miraron a los ojos, pero en seguida la mujer apartó la mirada. Poco a poco, sin decirse nada, se fueron aproximando más aún, hasta quedar en contacto. Ambos respiraban vivamente; casi jadeaban. Entonces, la mujer estalló y abrazó al hombre con fuerza, sin darle opción a nada, mientras éste simulaba una débil resistencia.

—¡Pero... qué hace usted, señora! ¡Por favor! —protestó sin convicción.

—¡Nada!, que usted no se me escapa —jadeó ella, mientras le besaba con hambre el pecho

peludo, como si quisiera comérselo.

Él, sin decir más, la apartó de sí y la tendió de golpe en la mesa de la cocina, sobre unas mondas de patata, tras comprobar una vez más que las cortinas estaban echadas.

—

Mientras ella se ponía el sujetador, el tendero se vestía lentamente, sentado en una silla. Al levantar una pierna para meterse el pantalón, un testículo le asomó fugazmente por debajo del calzoncillo, provocando una sonrisa en la mujer.

—¿Qué tal? —inquirió esta.

—Bien, pero estoy un poco hasta los huevos del circo este —dijo él, malhumorado—. No sé qué voy a decir el día que me vea algún vecino con ese mandil de la tienda de abajo.

—Pues nada, pues le dices cualquier cosa —contestó ella de forma displicente—. Es que ya lo sabes: si no es de esta manera, tipo aventura, es que no me pone. ¡Hijo, qué quieres!, te veo así, con esa calva y esa barriga y... —dejó la frase sin terminar, quizá para no hacer más sangre.

—Pues tú tampoco es que estés hecha un fideo, precisamente, así que no pías —contraatacó él, ofendido, mientras trataba con poco éxito de meter tripa.

—Yo te he dado tres hijos, Alfonso —dijo ella con solemnidad, como si el hecho de haber tenido tres hijos justificara cualquier exceso—. Y venga, espabila. Acaba de vestirte, que están a punto de llegar los niños del colegio —añadió mirando el reloj, mientras terminaba de atarse la bata.

—Sí, querida —contestó él con retintín.

— ¡Ah!, y pon la compra en la despensa y bájate a devolver el mandil ese a la tienda, antes de que lo echen de menos.